Se enterneció cuando llegó el momento de dejar á sus discípulos, que quedaban solos en medio de las persecuciones y padecimientos; pero ofreció antes la sangre preciosísima que iba á derramar, para implorar en su favor la proteccion de su Padre celestial. Pide, no que se eximan del doloroso sacrificio que les estaba reservado, sino que le fuesen reunidos en el mismo reino. "Padre mio, dijo orando por ellos: yo he manifestado vuestro nombre á los que me disteis. No ruego por el mundo, sino por ellos que son vuestros. Yo no estoy mas en el mundo; mas ellos quedan todavía en el mundo, y yo voy á vos. Salvadlos, Padre Santo, por vuestro nombre. Que ellos no sean mas que una sola cosa como somos nosotros. Mientras que he estado con ellos, los he guardado en vuestro nombre; mas ahora que yo voy á vos, haced que tengan dentro de sí la plenitud de mi alegría. El mundo los aborrece, porque no son del mundo: no os pido que los quiteis del mundo, sino que los libreis del espíritu maligno. Santificadlos con la verdad. Yo los he enviado al mundo, como vos me enviasteis Yo me ofrezco en sacrificio, yo me entrego á la muerte por ellos, para que sean santos. Yo ruego por ellos, ruego por los que han de creer en mí para que sean una misma cosa con-
gra como vos estais en mí, y yo en vos. Les he
unas icado la gloria que vos me habeis dado (la

caridad que he recibido de vos), para que sean consumados en la unidad. Que el mundo conozca que vos los habeis enviado, que los habeis amado, como me habeis amado á mí. ¡Oh Padre mio! yo quiero que en donde yo estoy estén ellos conmigo, que vean la gloria que me habeis dado antes de la creacion del mundo. ¡Oh Padre justo! el mundo no os ha conocido, mas yo les he manifestado vuestro nombre para que yo esté entre ellos con aquel amor con que vos me habeis amado (1)." ¡Oh lenguaje sublime de una amistad verdaderamente divina!

Pero este amor sagrado que trascendia sobre los demas afectos de la humanidad santísima de Jesucristo, se ordenaba y dirijia á la distribucion de sus gracias; habiendo declarado que no á él, sino á su Padre correspondia señalar las primeras sillas en su reino (2); y conforme á la voluntad de su Padre, no obstante su predileccion por los hijos del Zebedeo, no al discípulo amado, á solo Pedro, fué á quien dió la primacía de jurisdiccion en su Iglesia (3).

---

1 Joan. 17, 6 *et sequent.*
2 Matth. 20, 23.
3 Ib. 16, 18.

ARTICULO II.

Deberes que impone Jesucristo á los padres y á los hijos.

El cariño paternal solo se ocupa de la felicidad presente de los hijos, porque solo considera el órden de las cosas sensibles. Mas la ley de Jesucristo, aunque conforme con los sentimientos de la naturaleza, porque siempre lo está con las miras del Criador, pasa mucho mas adelante; y como toda ella se refiere al reino de Jesucristo, procura principalmente formar ciudadanos dignos del cielo, dirijiendo por consiguiente hácia este último fin, en donde se halla la verdadera felicidad, todos los deberes del cariño paternal. La sencillez de los niños, que es el patrimonio de la inocencia, atrajo el tierno amor de Jesucristo. Llamólos á su rededor cuando los apóstoles quisieron apartarlos: les dió sus bendiciones, y los propuso por modelo á los mismos apóstoles. *Si no os haceis semejantes*, les dijo, *á estos niños, no entraréis en el reino de los cielos* [1]. Hízoles saber que los niños que parecen ocupar el último lugar entre los hombres, le tienen muy distinguido entre los hijos de Dios; pues están confiados á la custodia *de los ángeles, que ven la cara de su Padre* (2).

1 Mat. 18, 23, &c.
2 Ib. 18, 10.

Si alguno, les dijo tambien, *escandaliza á cualquiera de estos pequeñuelos, seria mejor que le atasen una piedra de molino al cuello y le arrojasen al mar* (1). Los padres, pues, que son los ángeles visibles de sus hijos en la tierra, deben, á ejemplo de los espíritus celestiales, velar con diligencia sobre un depósito tan sagrado; y ¡desgraciados de ellos si descuidaren el conservar su inocencia; si no precaven cuanto puede ofenderla; si la esponen por indiscrecion; y mucho mas desgraciados todavía, si con sus lecciones ó ejemplos son los primeros á corromperlos!

Jesucristo como Criador, y como Redentor, se ha mostrado el mas tierno de todos los padres. Como Criador, todo está ordenado y dispuesto para el momento en que habiamos de aparecer en este mundo. Estaba designado el punto, la suerte que habiamos de ocupar y tener; y desde que principió nuestra existencia, jamas se han apartado de nosotros sus miras benéficas. Todos los elementos conducidos por sus manos bienhechoras, como otros tantos hábiles artistas en un vasto taller, atentos á la conservacion de nuestros dias, no han cesado de obrar, de combinarse, de rodearnos para proveer á nuestras necesidades. La naturaleza se ha embellecido mil veces para fran-

1 Ib. 18, 6.

quearnos sus tesoros. Cada estacion viene á presentarnos sus tributos. Nuestras necesidades se renuevan cada dia; y cada dia tambien su Providencia derrama sus riquezas sobre la tierra, con una profusion tal, que escede en mucho á nuestras necesidades. Mientras dormimos, aun vela sobre nosotros esta Providencia, que todo lo provee, todo lo arregla, en todo obra, sin que canse á su bondad infinita el estarnos socorriendo siempre, y sin que nuestra ingratitud suspenda jamas el curso de sus beneficios.

Pero ¿qué son todos estos dones de la naturaleza comparados con los tesoros inefables de nuestra redencion? Con la existencia se nos dió todo lo necesario para conservarla; mas en otro órden, en el órden de una nueva creacion, Jesucristo como Redentor nos dá otra segunda vida; todas las prerogativas de hijos de Dios: nos promete su asistencia, para que podamos hacernos dignos del alto fin á que somos llamados. Nos pone, en una palabra, entre los brazos de su Iglesia como un depósito sagrado, sobre el que ha de pedirla algun dia cuenta. Animada de su espíritu esta Madre tierna, nos enseña verdades sublimes, que ilustran, que ennoblecen el alma: inculca en el corazon de sus hijos las máximas santas que han de guiarlos en la carrera de la vida presente. Diariamente

nos franquea los tesoros de la divina misericordia, para purificarnos, para confirmarnos en su gracia, para fortalecernos contra los enemigos de la salvacion, para alentarnos, para consolarnos. Inmutable en la fé, su lenguaje es uno en todos los tiempos, el mismo para todas las edades, para todos los pueblos. Del mismo modo, sus cuidados se estienden á todas las condiciones: se compadece con entrañas de madre amorosa de nuestras enfermedades; pero sin relajar jamas la pureza de sus máximas: permite, por una sabia condescendencia, los placeres inocentes que dulcifican las amarguras de la vida, al mismo tiempo que previene el exacto cumplimiento de nuestros deberes, y sin que jamas tolere aquellos recreos peligrosos en que podemos naufragar, y que proscribe por lo mismo con la mas inflexible severidad.

Estas son las lecciones de amor paternal que Jesucristo nos dá: conformándose con ellas, un cariño bien ordenado, como será entonces, no podrá menos de dirijirse siempre al verdadero bien de los hijos: con ellas se acostumbrarán á cumplir con sus obligaciones: tambien los enseñarán á sufrir las privaciones para reprimir así la inquietud de sus deseos: tendrá con ellas el cariño paternal resolucion bastante para contristar á sus hijos, siempre que así lo exija la correccion; y hará esta

con prudencia para no irritarlos (1), ni hacerlos tampoco pusilámines (2), mandando siempre aquello solo que sea justo.

Jesucristo se entregó á la muerte por el amor que nos tuvo: nos ama, para hacernos dignos de él, y quiere esto, para darnos parte en su reino. Si nos ha impuesto leyes, tambien ayuda nuestra flaqueza, dándonos siempre fuerzas y auxilios suficientes para poder cumplir sus mandamientos: si nos aflije, es para enmendarnos; y aunque nos castiga, jamas se cansa de sufrirnos. En las congojas de la vida nos hace sentir su presencia por el consuelo: nos ordena privaciones; pero es para recompensarlas: inquieta nuestra conciencia con temores; pero lo hace para prevenir nuestras desgracias. En cualquiera situacion en que nos encontremos, siempre nos suministra medios para hacer útiles las penas inherentes á la vida; y el mundo entero no tendrá poder bastante para causarnos el menor daño, cuando nos háyamos resuelto á obedecer los mandatos de nuestro Divino Maestro.

Quiere que los padres perdonen á sus hijos cuando se arrepienten; quiere que olviden sus prodigalidades, cuando en vez de los bienes que disiparon vuelven á la casa paterna con la virtud

1 Eph. 6, 4.
2 Col. 3, 21.

recuperada; pues él mismo nos abre el seno de su misericordia despues que le hemos ofendido. Nos llama hácia sí con secretos remordimientos por tiernas reconvenciones; y el criminal que se arrepiente, luego recupera su gracia. El padre del hijo pródigo corrió al encuentro de éste, tan pronto como supo que volvia: le abrazó, rególe con sus lágrimas, y lejos de reprenderle, se entregó á los trasportes de alegría, dándole muestras señaladas de su cariño paternal [1].

Los padres al morir dejan á sus hijos sus títulos y sus riquezas; y Jesucristo se entregó á la muerte para hacernos coherederos de su reino con el título glorioso de hijos de Dios; y despues de su muerte quiso quedar entre nosotros, para darse á nosotros, y darnos así la vida: siendo nada menos que su cuerpo y sangre preciosísima la herencia que al morir nos dejó por su testamento solemne, y que deberá perpetuar hasta el fin de los siglos el título augusto de nuestra filiacion divina, con el memorial sagrado de su pasion y de su amor [2].

El respeto, el amor y la obediencia que prescribe la Ley natural para con los padres, habian sido renovados en la ley de Moisés por un manda-

1 Luc. 15, 22, *et sequent.*
2 Luc. 22, 19.

miento espreso que imponia la obligacion de socorrerlos en sus necesidades (1); pero los fariseos desnaturalizaban este precepto, autorizando á los hijos para que pudiesen ofrecer al altar lo que debian al amor paternal. Jesucristo reprobó tal doctrina que, bajo pretesto de honrar á Dios con su amor de preferencia, injuriaba á su bondad infinita por la infraccion de su ley (2). Enseñónos que el único modo de ofrecer á Dios los bienes que se sirvió darnos, es aplicándolos al destino para que los recibimos; y declara, que no aceptará su Padre celestial las ofrendas que se hagan con perjuicio de los derechos paternales (3); pero advirtiéndonos al propio tiempo, que *cualquiera que ame á su padre ó á su madre mas que á él, no será digno de él* (4); y en este sentido es en el que nos manda aborrecer al padre, á la madre, á la muger, á los hijos, á los hermanos, á las hermanas, á nuestra misma vida; esto es, de renunciar á todo antes que faltar al amor que le debemos, si queremos ser sus discípulos (5). El mismo Jesucristo bajó del cielo para hacer la voluntad de su Padre celestial; y conforme á ella permaneció sujeto á

1 Exod. 20, 12, Deut. 5, 16.
2 Matth. 15, 5, 6, &c.
3 Ib. ib.
4 Ib. 10, 37.
5 Luc. 14, 26.

su Madre santísima y á San José (1), quienes ejercieron sobre él los derechos de la paternidad divina. No sabemos mas de su infancia que su docilidad y sumision, porque son las dos virtudes principales que recomendó á esta edad. Mas cuando su Padre celestial habla, todos los sentimientos del cariño filial ceden á la voz de su Padre que le llama. Sepárase de sus padres é la edad de doce años para ir al templo como á inaugurar su mision divina; y á sus quejas amorosas contestó, que él debia dedicarse todo entero á su divina mision (2). Si en las bodas de Canaan convirtió el agua en vino á ruegos de su santísima Madre, tambien la manifestó que no el amor filial, sino los consejos supremos de su Padre celestial, eran los que debian reglar el ejercicio de su omnipotencia [3]. *Su Madre y sus hermanos querian hablarle:* ¿qué madre hubo jamas mas digna del respeto y del cariño filial? Pero atendiendo entonces á su ministerio divino, hizo callar en aquella ocasion todos los sentimientos de la naturaleza; y *ved aquí*, dijo estendiendo la mano hácia sus discípulos, *ved aquí mi Madre y mis hermanos; pues cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*

1 Luc. 2, 51.
2 Ib. 2. 49.
3 Joan. 2. 4.

este es mi hermano, mi hermana y mi madre (1). Mas el amor filial, enmudecido entonces al imperio del Padre, habia de recobrar toda su fuerza en un momento solemne; y en este momento, que era esperado por tanto tiempo, por tanto tiempo deseado, en que Jesucristo espirando entre los tormentos para consumar la obra de la redencion del género humano, habia de hacer sobre la cruz el sacrificio de su vida á su Padre celestial, hizo tambien un testamento particular, que fué su disposicion última, para dar á su Madre santísima un hijo adoptivo, encargado de cumplir para con esta Señora los deberes sagrados de respeto y amor, en nombre de un hijo que iba á dar su vida por ella misma (2).

ARTICULO III.

Deberes que impone Jesucristo á los soberanos y á los súbditos, á los amos y los criados.

Si únicamente se considerara el brillo que rodea el trono, y el poder que ostentan los soberanos, creeríase que el mundo existia solo para ellos. Pero la razon les dice á ellos y á nosotros, que, al colocarlos la Providencia en aquel puesto, los

1 Matth. 12, 49, 50.
2 Joan. 19, 26.

habia escojido para hacer la felicidad de los pueblos: que el ejercicio de su soberanía lo reclamaba esclusivamente el bien público; y en una palabra, que la estension de su poder era al mismo tiempo la medida exacta de sus obligaciones.

Pero á la luz de la fé déjase percibir un nuevo órden de cosas, en el que las monarquías, los pueblos, los imperios y el mundo todo están destinados á formar un solo reino bajo el imperio de Jesucristo, y en el cual Dios tiene arreglado el destino de las naciones y el curso de los siglos, para dar gloria al que las potestades del mundo trataron como la cosa mas despreciable, y para santificar á los escojidos, miembros de este reino, cuya mayor parte ó son desconocidos al mundo, ó perseguidos por el mundo. De suerte, que en medio de la cunfusion y tumulto de las pasiones, cuando la injusticia, la ambicion y la fuerza hacen alarde de dominar toda la tierra, destruir ó destronar por sí solas todas las grandes monarquías, precisamente entonces se hace sentir su Señor Soberano, mucho mas poderoso que todos los reyes del mundo, que señala el nacimiento y la caida de los imperios, segun conviene á las miras de bondad y misericordia que él tiene sobre un pueblo poco conocido, y cuyo destino parece ser el de confundirse con otros pueblos; pero que estando de un modo especial bajo la proteccion de su Providencia, es

l solo pueblo p or quien este Señor Soberano de los reyes levanta y destruye los reinos; porque este pueblo es el solo adorador del verdadero Dios.

La Ley natural enseña á los señores del mundo á ser justos y humanos, manifestándoles que su autoridad la reciben de un Señor Soberano, que es el Dios de la justicia. Mas en la religion son ademas hermanos los que ocupan el lugar de súbditos. Jesucristo les manda que los amen, que los respeten como á porcion de su reino, rescatada con su propia sangre; como á un depósito sagrado de que son responsables, y cuya pérdida será castigada á proporcion del precio que costó; que la tierra en que ejercen su poder es una sombra que pasa y que será reemplazada por una nueva tierra y unos nuevos cielos. Que entonces solo habrá un Rey, que será Jesucristo, un solo imperio, que será el de Jesucristo, establecido sobre la inmutabilidad y eternidad del mismo Dios. Entonces, sentadas sobre un mismo trono la verdad y la justicia, arrancarán los velos brillantes de las grandezas humanas, que ocultaban grandes crímenes. El hombre se encontrará solo con la ley de Dios, y su conciencia; y bajo este punto de vista se cambia la escena. Solos los justos serán *reyes* [1]; y entre estos reyes se encontrarán *pocos sabios, segun*

1 Apoc. I, 6.

la carne, pocos poderosos, pocos nobles. Dios ha reservado sus predilecciones para los que son *insensatos;* para los que eran *débiles y despreciables segun el mundo, para confundir así lo que el mundo tenia de mas fuerte y de mas sabio* [1]; y su gloria durará eternamente, como la justicia y la verdad.

Reciban los poderosos del mundo estas grandes lecciones como el código principal de su conducta: ellas les harán humillarse, ellas grabarán en su corazon la justicia, la bondad, la clemencia, con el amor al cumplimiento de sus deberes: y la misma soberanía se presentará á su vista como una servidumbre, que los hace dependientes de los pueblos que les están subordinados.

Jesucristo, que al aparecer en el mundo recibió el título de rey, no vino al mundo mas que para salvarle. Muriendo por la salud de los hombres, puso el sello á su imperio divino; y así fué como adquirió el derecho de reinar sobre todas las naciones. El mismo declaró que habia venido, *no para ser servido, sino para servir á los demas* [2]; y juntando el ejemplo con sus palabras, se humilló hasta lavar los piés á sus discípulos; y esta leccion de humildad estaba tan íntimamente uni-

1 1.ª Cor. I, 26, 27, 28.
2 Matth. 20, 28.

da con su reino divino segun las miras de su infinita sabiduría, que amenazó con escluirle de él á la cabeza de su Iglesia, si insistia en no dejarse lavar los piés, como pretendia al principio. Dirijiendo en seguida la palabra á sus Apóstoles, *Vosotros me llamais*, les dijo, *vuestro Señor y Maestro, y teneis razon; pues lo soy con efecto: si, pues, Yo os he lavado los piés, Yo que soy vuestro Señor y vuestro Maestro, tambien vosotros debeis lavar los piés unos á otros. Ejemplo os he dado, para que vosotros hagais así como habeis visto, que Yo he hecho. En verdad os digo: que el criado no es mayor que el amo; ni el enviado es mayor, que aquel que le envía. Si sabeis estas cosas, y las practicais, seréis bienaventurados* [1].

Aunque esta instruccion principalmente se dirije á los ministros de la religion, no por eso deja de tener su aplicacion para los ministros de la potestad civil; pues viniendo toda autoridad del mismo orígen, debe dirijirla el mismo espíritu. Los príncipes cristianos prestan un homenaje solemne á esta máxima divina, cuando, imitando al Rey de los reyes en esta ceremonia religiosa, la Iglesia les repite la misma leccion que Jesucristo dió á sus discípulos.

Mas tal vez se dirá: Esta práctica, ¿no sirve para degradar la majestad del Soberano, humillándole á los piés de los sacerdotes ó de sus súbditos? Al contrario: ella estampa un nuevo rasgo de grandeza, consagrando su persona augusta con el sello de la religion; pues como ministros de Dios los soberanos son defensores de los pueblos para protejerlos y enviados para ejercer su poder y su imperio. Sus personas y sus derechos, especialmente puestos bajo la proteccion de Dios, serán siempre respetados, mientras que la religion de Jesucristo sea el garante de su soberanía: ni jamas reinarán con tanta gloria, y con tanta seguridad, como cuando hagan reinar consigo á esta religion divina, y á todas las virtudes que ella manda. Los súbditos no verán entonces en el poder que los domina, un despotismo odioso, que amenace á sus cabezas, para disponer arbitrariamente de sus vidas y fortuna; sino un poder paternal que afianza su fidelidad. No serán dominados por el terror de las penas, como los esclavos; sino que estarán sometidos por amor, como hijos de Dios. Obedecerán no por deseo de agradar á los hombres, engañándoles unas veces, y casi siempre sin amarlos; sino por temor de desagradar á Dios, que registra el fondo del corazon [1]. Así, el esclavo llegará á ser libre por la elevacion de sus pensamientos, que

1 Joan. 13, 13, 14, 15, 16.

1 Seph. 6, 6, 7, 8.

le colocarán sobre su dependencia; y su misma libertad será la mejor prenda de su fidelidad, porque amará la obediencia teniéndole inviolablemente unido á la ley de Dios. La fuerza podrá violentar; pero el mover la voluntad es peculiar de la religion. El cristiano sabe, que obedeciendo á los hombres, obedece á Dios, que es el Soberano Señor de los reyes; que su suerte no pende de los que mandan, que pueden ser injustos; sino de la voluntad del que es infinitamente justo, que reina sobre todos, y mira con complacencia á los humildes de corazon, y desecha con indignacion al hombre soberbio. Instruido de esta manera en la escuela de Jesucristo, estará sumiso á los amos *duros y díscolos* [1]. Los malos tratamientos, en vez de provocarle á que se rebele ó murmure, servirán de avivar su fé, y de dar un nuevo lustre á su fidelidad; "considerando, que los sufrimientos y las injusticias por parte de los hombres son la herencia de los hijos de Dios; y que ellos son llamados á llevar su cruz, siguiendo á Jesucristo su Soberano Maestro, que nos dió primero ejemplo para que le siguiésemos: pues siendo inocente, pagó sobre la cruz la pena debida á nuestros pecados, para que muriendo nosotros al pecado, vivamos la vida de justicia [2]"

1 1. Petr. 2, 18.
2 1. Ib. 2, 18 *et sequent.*

La historia misma dá testimonio de la feliz influencia de la religion de Jesucristo sobre la felicidad de los reyes y de los pueblos. No los hay en que sus reyes sean mas déspotas, é imperen con menos seguridad, que aquellos que no conocen á Jesucristo: al mismo tiempo, que jamas se hallará sobre la tierra país alguno en que los derechos de succesion se guarden mas constantemente, en que las revoluciones sean menos frecuentes, en que el gobierno sea mas sabio, mas feliz, mas tranquilo, que aquel en que Jesucristo es adorado como el primer Soberano de los reyes; no obstante las infracciones de su ley santa y á pesar tambien del abuso que puede hacerse para presentarla como cómplice de la ambicion. Luego que el gefe de su Iglesia subió al trono de los Césares, Roma, antes presa de las revueltas, y esciciones intestinas; Roma, que con tanta frecuencia mudaba de dueño; esta Roma, digo, adquirió una especie de consistencia, que la distingue de todas las monarquías del universo; y despues de casi diez y seis siglos que los romanos Pontífices ocuparon su solio, es la única monarquía en que jamas ha sido interrumpido el órden de succesion. Ningun imperio se hallará en que los súbditos sean gobernados con mas blandura, ni tampoco en que estén mas cordialmente unidos á su soberano.

Jesucristo, que como Soberano Supremo manda

con su ejemplo á los reyes de la tierra la dulzura, la humildad, y la beneficencia, se dejó ver sobre la tierra *en forma de siervo*, para enseñar á los súbditos el respeto, la fidelidad y obediencia para con los soberanos del mundo. Manda que los honremos; y aun obró un milagro, el único que hizo en su favor, para pagar por sí mismo y por el gefe de su Iglesia el tributo, que es un testimonio solemne de su sumision y de su obediencia. Reprendió á San Pedro por haber sacado la espada contra los ministros de la autoridad pública, y esto en el momento mismo que se apoderaban de su sagrada persona. Pudiera haber aniquilado á sus enemigos con una sola palabra; pero lejos de esto púsose en sus manos: obedeció la sentencia inicua que le condenaba á muerte; y obedeció hasta los verdugos que le crucificaban. En esta obediencia, que siendo Dios prestaba á los hombres, obediencia á su Padre celestial como se lo habia ofrecido cuando vino al mundo [1]; y por esta obediencia, que le llevó hasta abrazarse con la cruz, apareció mas grande aún, que cuando brilló rodeado de gloria sobre el Tabor; pues en ello presentó al Padre el mas grande y el mas glorioso de todos los sacrificios, recibiendo en recompensa el imperio sobre todo el universo [2]. Sus dis-

1 Ps. 39, 11.
2 Phil. 2, 8, &c.

cípulos debian por necesidad participar del mismo espíritu; y así es, que jamas los emperadores romanos tuvieron vasallos mas fieles que los mismos cristianos á quienes tan encarnizadamente perseguian.

De suerte, que Jesucristo por una disposicion admirable de su infinita sabiduría, presenta en su persona á todas las clases y condiciones el modelo de todas las virtudes, traazndo á cada una los deberes que la son peculiares.

CAPITULO IV.

De las tres virtudes que sirven de fundamento á la moral de Jesucristo, opuestas á las tres pasiones que son el orígen de todos los vicios.

Hemos visto que el hombre carnal, precisado á buscar su dicha sobre la tierra, era á la vez dominado de tres pasiones, orígen de todos los vicios, á saber, *del amor á los placeres*, del amor *á las riquezas*, y del amor *á la gloria ó fama*; porque el mundo, que es la region de las pasiones, no ofrece ninguna otra cosa mejor, ni las pasiones, por consiguiente, pueden percibir mas adelante ningun otro objeto.

Jesucristo, para formar en nosotros el hombre